

**A LA MEMORIA DE HERNÁN CORTÉS**  
**Antonia Ayuso de Blanco**

*A la memoria del  
invicto héroe Hernán Cortés,  
en la inauguración de su estatua en Medellín  
el día 2 de diciembre de 1890.*

iQué dorado sale el sol,  
en la risueña mañana,  
del dos del mes de diciembre,  
entre celajes de grana!  
¿Por qué ufano Medellín?  
Su altiva frente levanta,  
entre todas las naciones,  
hoy gloriosa y coronada;  
Y en belicosas canciones,  
que el aire súbito arranca,  
pronuncia un nombre glorioso,  
que resonó en cien batallas.  
Allá en los valles de Otumba,  
en las playas Mejicanas,  
y viva repite ansioso  
el héroe de nuestra patria,  
en estrepitoso estruendo.  
¿Qué atronador se levanta?  
iQué alegre esta Medellín,  
que festivas sus comarcas,  
como el placer por doquiera  
y el entusiasmo resalta!  
Aquí al son de cien clarines,  
se miran gentes extrañas,  
que aceleradas caminan,  
en vistosas cabalgatas,  
en una dirección misma,  
y allí mil voces exclaman.  
Honra y prez de nuestro suelo,

a el héroe de nuestra patria.  
A él que conquistó otro mundo  
con su flamígera espada,  
su fe y religión llevando,  
por apartadas comarcas,  
a otros pueblos, a otras gentes,  
a otras tierras y a otras razas,  
hasta el imperio de Méjico,  
descubierto por Grijalva,  
donde blandió victorioso,  
su sin par valiente espada;  
de artillería con diez piezas,  
frente haciendo a aquellas playas,  
y quinientos ocho hombres,  
su bravura denodada.  
Vanos fueron los esfuerzos  
del indómito monarca  
para detener a Hernán,  
que beligeró avanzaba  
al corazón de su imperio  
con denodada pujanza;  
Sin que desmaye su espíritu,  
sin que vacile su lanza.  
Y para no ofrecer dudas  
de sus intenciones bravas,  
prende fuego aquellas naves  
que hasta allí le trasportaran.  
Y... ¡Al agua!... ¡O a la pelea!  
En altas voz les exclama.  
¡Rasgo digno de aquel genio  
que a dos mundos hermanara  
con su valor sin segundo  
y política extremada!  
Aquel adalid bizarro,  
cuya noble sangre hispana,  
allí donde ve un escollo,

más se enardece y se inflama;  
y ruido sigue, camina,  
acomete, vence, ataca,  
cuando a los Tlascaltecas  
en tres sangrientas batallas.  
¡Bello y luminoso día,  
de brindis, glorias y fama.  
Nació el ocho de noviembre,  
luciendo sus tintas varias,  
cuando pudiendo haber muerto  
en la traición cholulana,  
entró victorioso en Méjico,  
lleno el pecho de esperanzas!  
Aquí su valor desplega,  
aquí la historia le exalta,  
colocándose a la altura  
de los héroes de más talla.  
Allí prende a Moctezuma,  
su renombrado monarca,  
y arrostrando mil peligros.  
Vence a Pánfilo que avanza,  
enviado por Velázquez,  
con su numerosa escuadra;  
Por quitar al extremeño  
aquella joya preciada,  
que conquistó su valor,  
y supo ganar su espada.  
Reprime una insurrección  
que rauda en Méjico estalla,  
en su ausencia ocasionando,  
la muerte al triste monarca;  
Y desplegado en Otumba,  
la más famosa batalla,  
a más de cien mil soldados,  
en lid arriesgada gana;  
y entre penosas fatigas,

y mil lides encontradas,  
 derrota a Guatimocin<sup>1</sup>,  
 sucesor de aquel monarca,  
 Moctezuma, emperador,  
 de prendas tan elevadas,  
 y enarbolando la cruz  
 de la religión cristiana,  
 sentó en tan remotos climas,  
 la dominación de España.  
 ¡Viva!... Hernán Cortés repiten  
 galardón de nuestra patria.  
 ¡Viva!... prorrumpen a un tiempo  
 cien ecos con fuerza tanta,  
 que, llegando hasta las nubes,  
 en el firmamento estallan.  
 Y esto grita el pueblo entero,  
 en estrepitosa alarma,  
 de aquel belicoso genio,  
 comentando sus hazañas.  
 Viva... repite también  
 mi cítara destemplada,  
 Hernán Cortés el bizarro  
 honra y corona de España.  
 El que nació en las orillas  
 del caudaloso Guadiana,  
 la luz del sol eclipsando,  
 con su brilladora fama.  
 ¡Oh!... Bien puedes hoy Medellín  
 lanzar laureles y palmas  
 a el héroe que tanto brilla,  
 de nuestra historia en las páginas,  
 bien puedes sobre sus lares,  
 (qué ingratos días olvidaran)

---

<sup>1</sup> Se refiere a Cuitláhuac, también llamado Cuauhtláhuac, penúltimo huey tlatoani mexica, señor de Iztapalapa y hermano de Moctezuma Xocoyotzin.

bien puedes hoy te repito,  
levantar soberbio alcázar,  
que en caracteres de oro  
y en inscripciones de nácar,  
a los venideros siglos  
manifiesten sus hazañas.  
Porque nació en tus entrañas  
aquel militar valiente,  
que tanto el mundo admirara.  
Justo es si, que el orbe entero  
enalteciendo su fama,  
su excelso nombre pronuncie,  
al son de doradas arpas.  
Justo es que doquier le ensalcen,  
argentíferas gargantas,  
llevando sus dulces ecos,  
el viento en ligeras alas.  
¡Medellín!... ¡Pueblo pequeño!  
Tu altiva frente levanta.  
Que hoy sus blasones te encumbran  
y sus escudos te agrandan.  
Que hoy tus dorados esmaltes,  
chispas tan fulgidas lanzan,  
a el ser escasos los mármoles  
para incrustar sus hazañas.  
Tañed... Tañed... Regaladas liras,  
y al compás de dulces arpas,  
cante el vate a rienda suelta  
de su heroicidad la fama.  
Que tus graciosas doncellas,  
entretejiendo guirnaldas,  
coronen el mausoleo,  
que a tu memoria levantan.  
Ya que tras de cuatro siglos,  
tu nación no conservara  
ni una estatua a tu memoria,

(lunas que oscurece a España)  
 más que no eclipsa la luz,  
 De tu encumbradora fama.  
 ¡Ay! Deslizose tu existencia  
 tras de honor y gloria tanta,  
 en tus postrimeros días,  
 pobre, triste y despreciada...  
 ¡Digno pago con que el mundo,  
 tu honradez recompensara!  
 Que, a los hombres como tú,  
 Premio tal se les prepara.  
 Cuando debió la corona,  
 a los filos de tu espada,  
 alcanzar tanto renombre,  
 adquirir riqueza tanta.  
 Más... ¿Qué le importa a tu virtud  
 pasar triste e ignorada,  
 si los genios de tu altura,  
 en su fe y valor descansan?  
 Tu que fuiste de Colón,  
 la corona laureada  
 de aquella inmortal cabeza,  
 que dos mundos encerrara.  
 Y marchando tras sus huellas,  
 tu bravura extraordinaria,  
 alcanzó para tus reyes,  
 extensísimas comarcas.  
 Pero... Corramos un velo...  
 Por no eclipsar de tu patria,  
 los timbres con que se escuda,  
 las piedras con que esmalta.

\*\*\*

¡La tierra te sea ligera!  
 Y el querube con sus alas  
 te cubra, y con las canciones

de sus cítaras sagradas,  
te rinda allí los honores  
que el mundo aquí te negara.  
¡Castilleja de la Cuesta!...  
Sus frías cenizas heladas,  
guarda piadosa en tu seno,  
cual madre amorosa y blanda.  
Mira que aun yertas humean,  
y aunque inermes se levantan  
por su belicoso ardor  
y patrio amor inflamadas,  
extiende sobre su fosa,  
coronas de rosas blancas  
y flores de siempre vivas,  
que no marchiten su fama.  
¿Qué le hace que la fortuna,  
con faz veleidosa y varia,  
quisiera eclipsar tus glorias  
si aún más brillantes resalta?  
¿Disminuye el sol su disco  
porque en celajes de grasa  
alguna nube interpuesta  
oculte su haz dorada?  
Aún más brillante aparece,  
cuando una ligera ráfaga,  
impele a la nubecilla  
y sus fulgores resaltan.  
Y pues que fuiste el sol,  
de la dilatada España;  
ni se amengua tu esplendor,  
ni disminuye tu fama.  
¡Hernán Cortés!... Yo no lejos  
de tu tierra bien hadada.  
Miré la primera luz,  
sentí las primeras auras,  
aspiré de tus campiñas

la suavísima fragancia;  
de tu tradición las glorias,  
de tu abnegación la fama,  
hasta en mis pueriles días,  
mi pobre mente inspirarán.

Y admiradora constante  
de tus insignes hazañas,  
corro a rendirte también  
mi humilde lira entusiasta.

iOh! Perdona si al invocarte,  
enronquecidas mis arpas,  
páldidamente bosquejan,  
lánguidamente retratan,  
de tus colosales hechos,  
las líneas con que se trazan.

Perdona si la cantora,  
oculta, pobre ignorada,  
hose pronuncia tu nombre,  
se atreva a rasgar sus arpas,  
y en vez de tejer coronas,  
con que tus sienes se ornaran,  
dispersas hojas produzca,  
sin verdor y sin fragancia.

Cuando debieran cantarte  
las cítaras laureadas,  
de esclarecidos poetas,  
con notas tan dedicadas;  
que en argentinas cadencias,  
el Universo llenaran.

Y otros vates; y otros genios,  
y otras plumas más gallardas,  
trazarán de tu figura  
la sin par nobleza hidalga;

entre los dulces concuentos.

Que para honrarte lanzaran,  
pero acepta de mi numen,

esta mísera guirnalda;  
que, aunque con vellos topacios  
y aljófares no se engarza,  
aunque el genio en raudo vuelo  
no la remonte en sus alas,  
fiel expresión de mi labio  
yo la coloco a tus plantas.

Don Benito, 1890